



Otra muerte en Venecia

Biblioteca Nacional de España

25 nov. 2014 - 8 feb. 2015

Museo de la BNE

El culto a Wagner

Verdianos y wagnerianos: eran las dos facciones en que se escindían los melómanos del *fin de siècle* decimonónico. Más numerosa y tradicional la verdiana; más organizada, proselitista y avanzada la wagneriana; la élite cultural, a la que tanto Fortuny como Mann pertenecieron, militó por lo general en las filas de esta última.

Para aquellas generaciones, Wagner fue mucho más que un genial compositor: un semidiós con su propio santuario en Bayreuth donde anualmente, en exclusiva hasta 1913, se oficiaba en sus festivales la liturgia del Parsifal. En España, fue Barbieri quien introdujo hacia 1862 la obra de Wagner, sin embargo, Fortuny la conocería en París gracias a Rogelio Egusquiza, uno de los pocos españoles que el maestro reconoció como amigo. Como él, y también con él, peregrinó a Bayreuth en varias ocasiones y si para Egusquiza “la música del porvenir” fue una revelación que inspiró casi veinte años de su carrera, lo propio ocurrió con Fortuny, quien durante gran parte de su vida realizó pinturas, dibujos y grabados de tema wagneriano; compuso escenografías y vestuarios y puso toda su investigación luminotécnica al servicio de sus óperas, convirtiéndose así en uno de los mejores paladines de la obra de arte total (*Gesamtkunstwerk*) wagneriana.

Tampoco Thomas Mann fue indiferente a los postulados estéticos de Wagner y, no sólo pronunció numerosas conferencias y publicó textos sobre él, sino que también se hallan en su obra la idea del arte global y la muy wagneriana conexión entre sexo y muerte, más presente en *Muerte en Venecia* que en ninguna de sus otras novelas.

Otra
muerte en Venecia